

María Luisa de la Garza*
María Felipa Rueda**

A N T R O P O L O G Í A

La “quebradita” como expresión festiva. Su impacto en Chiapas

Para Lacho

Este trabajo presenta los resultados de un proyecto iniciado con nuestro amigo y compañero Horacio Gómez Lara, que ya no está con nosotros y a quien explícitamente queremos recordar. Y lo hacemos no sólo porque de lo que aquí se hablará lo veníamos pensando con él, sino porque apreciaba este Foro de Música Tradicional y tenía intenciones de participar en esta edición. Vaya, pues, por él.

El tema es el fenómeno del baile llamado la “quebradita” en Chiapas, y en particular el surgimiento, proliferación y decadencia de esos “clubs de baile” llamados “rodeos”, los cuales durante tres años (de mediados de 2007 a mediados de 2010) tuvieron una presencia notable en las fiestas populares de San Cristóbal de Las Casas y varios municipios aledaños.

Hay que señalar, antes que nada, que si bien la “quebradita” se ha bailado en todo el estado (como en todo México, prácticamente), sólo en San Cristóbal de Las Casas se formaron en gran número esos grupos de baile que día con día, al atardecer, se reunían en diversas plazas y atrios de iglesias para aprender los pasos y diseñar coreografías.

El primer rodeo de San Cristóbal se constituyó en agosto de 2006, cuando varios estudiantes del Colegio de Bachilleres se plantearon presentar “un nuevo tipo de baile” en el desfile del 20 de Noviembre. Los que sabían un poco de “quebradita” empezaron a ensayar con algunas compañeras, en principio sólo para el desfile, mas a partir de esa experiencia tres parejas decidieron continuar. Como bailaban en una plazuela céntrica y muy transitada por gente que pasea en las tardes, llamaron la atención de

* Doctora en Filosofía, profesora-investigadora del Cesmeca-Universidad de las Ciencias y las Artes de Chiapas.

** Licenciada en Antropología Social, colaboradora de los proyectos: “Música, migraciones e identidad” (PROMEP 103.5/07/2713) y “Geografías sonoras: transformaciones recientes del gusto musical” (Fondo de Investigación UNICACH 2010), desarrollados en el Cesmeca.



otros jóvenes, y algunos se animaron a pedirles que los dejaran aprender y practicar con ellos.

Según nos contaron los jóvenes que participaron en aquel rodeo primigenio, había una gran disposición para recibir a nuevos integrantes, de manera que pronto creció el número de miembros. Luego surgieron otros rodeos, por escisiones de éste o por iniciativas paralelas, de manera que a mediados de 2008 en la ciudad había cerca de veinte rodeos.

Los rodeos o “clubs de baile” podían estar integrados hasta por treinta o más personas, y todos se consideraban parte del grupo, aun cuando no todos bailaran. Los que no bailaban estaban ahí observando, conversando, conviviendo, y no sólo eran reconocidos por los demás como parte del rodeo, sino que eran muy valorados porque apoyaban a los bailarines cuando había competencias.

Entre los integrantes de los rodeos había gente que estudiaba, gente que trabajaba y gente que hacía ambas cosas, cuyas edades oscilaban entre 14 y 23 años. Entre los estudiantes, la mayoría eran de preparatoria, pero había también universitarios y alumnos de secundaria. En cuanto a sus trabajos, había desde carpinteros y albañiles hasta panaderas, dependientas de joyerías o vendedores de seguros.

Tal como ocurrió en Los Ángeles a principios de los años 90, cuando “se inventó” la quebradita como movimiento,¹ no solía haber una estructura social previa que vinculara a esta diversidad de jóvenes. Los unía el interés por el baile, y este elemento aglutinador consiguió que por un tiempo se dejaran de lado las diferencias entre barrios y colonias, y que de forma



excepcional se omitiera poner atención a las diferencias étnicas y de clase, tan definitorias en la forma como habitualmente se relacionan los individuos. En este sentido, estábamos ante un fenómeno trans-clase y trans-étnico también.

Esto —el atestiguar un fenómeno que rebasa fronteras étnicas y de clase— ya es en sí un motivo de alegría, e incluso un motivo de festejo. Pero en el resumen de nuestra ponencia anunciábamos dos ángulos desde los que abordaríamos la “quebradita” como expresión festiva: uno es un enfoque más público, más abierto, más “social”, que se refiere a la participación de estos grupos de jóvenes en diversas fiestas cívicas y patronales de la región Altos de Chiapas, así como las implicaciones que ha tenido esa participación. El segundo ángulo mira más al interior de los propios rodeos, y se referirá a las satisfacciones personales que experimentan los bailarines al saber que su empeño y sus logros en materia dancística son reconocidos. Para terminar, nos referiremos al carácter excepcional de la fiesta, pero no para abordar el tema tradicional de la separación entre los tiempos del ocio y del trabajo, sino para ver cómo la incorporación de la música de banda en las fiestas patronales en San Cristóbal de las Casas tuvo como efecto imprevisto desafíos intolerables para el imaginario étnico-social dominante.

Comencemos por la trayectoria de la *presencia física* de los clubs de baile en las fiestas populares del área de estudio. Los rodeos empezaron bailando *en el suelo*, haciéndose un sitio entre los asistentes a los “conciertos estelares” de las fiestas patronales, conciertos que por aquel entonces (2007) estaban notoriamente protagonizados por bandas y, sobre todo, por tecnobandas, las cuales habían proliferado al calor de esta moda musical, desplazando como amenizadores principales tanto a las agrupaciones “versátiles” de corte tropical como a

¹ Mariángela Rodríguez, *Tradición, identidad, mito y metáfora. Mexicanos y chicanos en California*, México, CIESAS / Porrúa, 2005; Helena Simonett, *Banda. Mexican Musical Life Across Borders*, Middletown, Wesleyan University Press, 2001.

las “marimbas orquesta”, que tradicionalmente serían las formaciones musicales festivas por excelencia. Los jóvenes solían estar atentos a los carteles que los patronatos de fiestas difunden con el programa de actividades, y si estaba alguna banda que les gustara, allá iban a bailar con ella.

En 2007 hubo elecciones a presidente municipal, y este fue un hecho decisivo para la expansión del fenómeno de los rodeos, pues los políticos locales contrataban a los jóvenes para que se presentaran en sus mítines. En ese momento los rodeos pasan del suelo al escenario, y se constituyen en mediadores privilegiados entre los políticos y la sociedad, ya que lo atractivo de sus actuaciones acababa haciendo atractivos también a los candidatos, o al menos garantizaban público en sus actos de campaña.

Después de la gran visibilidad que ganaron los rodeos por este motivo, alguno consiguió presentarse en el escenario principal de la Feria de la Primavera y de la Paz (que conmemora la fundación de la ciudad de San Cristóbal, el 31 de marzo), pero la participación de estos grupos de jóvenes en fiestas cívicas venía siempre de la mano de empresas privadas —particularmente cerveceras—, que los contrataban para actuar en sus *stands* en la feria o en sus carros alegóricos durante algún desfile (por el aniversario de la ciudad o por otro motivo).

No accedieron, pues, a los escenarios de las principales fiestas de la cosmopolita y, al mismo tiempo, conservadora ciudad de San Cristóbal de Las Casas (ni de las fiestas cívicas ni de las religiosas), como sí subieron a los escenarios de las fiestas patronales de diversas poblaciones aledañas, a las que eran invitados como uno de los atractivos principales de la celebración.

Cabe aquí mencionar que cuando los rodeos eran presentados en esos pueblos y comunidades, los maestros de ceremonias ponían énfasis en la *modernidad* que representaban, mientras en la ciudad de San Cristóbal el énfasis se ponía en la espectacularidad del baile, en su gran dificultad técnica. En este sentido, el baile de la “quebradita” en San Cristóbal era el baile de una subcultura entre otras (*reguetoneros*, *hiphoperos*, aficionados a la música electrónica, etc.), mientras en las poblaciones menores del entorno la “quebradita” era, por encima de todo, el baile *de moda*, el baile presti-

giado por los medios y el que ayudaba a construir una imagen del propio pueblo como de un pueblo que participa también de la modernidad.

En esas localidades, muchas de ellas con amplia población indígena, convive el modo tradicional de celebrar la fiesta y también la fiesta entendida como espectáculo, en el sentido que lo definía Jesús Martín Barbero: “Algo que ya no es para ser vivido, sino mirado y admirado”.² Y entre lo que había que ver y admirar estaban (y están), en un lugar destacado, los músicos que cultivan géneros que en su origen provienen del norte: agrupaciones (ya sean locales o nacionales) que combinan la música norteña, la música tipo banda estilo sinaloense, la música duranguense y, en el momento al que nos estamos refiriendo, también la cumbia texana. Ese era el marco sonoro de las *performances* de esos “norteños del sur” que eran los integrantes de los rodeos; ése era el tipo de músicos a quienes solían preceder en sus actuaciones.

Vayamos ahora a los varios sentidos de gozo que implicaba el buen desempeño dancístico para estos jóvenes, mas antes debe señalarse que, estuvieran empezando o ya bailaran bien la quebradita, el espacio y el tiempo de los ensayos era de por sí un tiempo, si no de fiesta, sí de un alegre remanso en cuanto a la calidad de las relaciones interpersonales, además de un lapso en el que las tribulaciones de la vida cotidiana quedaban a un lado. En la época de auge de los rodeos, la experiencia de participar en ellos era vivida como un espacio de compañerismo, de respeto y de gran solidaridad. Y en concreto, la práctica de la quebradita brindaba grandes satisfacciones precisamente por su alto grado de dificultad.

En este sentido, el baile disminuía un estrés “negativo” derivado de los problemas cotidianos y favorecía un estrés positivo —si podemos hablar así— derivado del riesgo que ciertamente entrañan algunas de las “cargadas”. Como señaló una de las entrevistadas, la quebradita era su género favorito por “la adrenalina que se siente al estar haciendo las acrobacias”.

² Jesús Martín Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, Gustavo Gili, 2001 [1987], p. 100.

Pero además de esto, la quebradita era atractiva por ser un baile que hacía posible que los jóvenes obtuvieran reconocimiento, lo cual era sumamente valorado. Ese reconocimiento podía provenir de dos vías: la primera atañe a la sociedad en general, al público que se quedaba admirado con sus acrobacias. El asombro que causaban los llenaba de satisfacción. “Me gustan —decía una joven *quebradora*— los puntos de vista de las personas cuando nos hacen... ¿cómo se puede decir?, cuando nos dicen ‘no, que está bien’, que les gusta, [...] que les impacta. Nos gusta eso, que nos animen”.

La segunda vía posible de reconocimiento involucraba más específicamente a los bailarines, que tenían la capacidad de juzgar la creatividad de cada joven en la interpretación de los pasos y las pequeñas innovaciones que unos y otros introducían. Todos aprendían de todos, pero buscaban que su rodeo se distinguiera por lo que podían caracterizar como “un enfoque”, o “un toque personal”. Deseaban hacerse notar por su creatividad para “convertir” o “combinar” cargadas; para idear una secuencia original de pasos en una coreografía o en la edición de la pista que acompañaba su baile. Esto podía pasar inadvertido para el público común, mas no para los involucrados en esta práctica social, muy atentos a cualquier innovación.

En resumen, buscaban imprimir un toque original que marcara la diferencia frente a otros rodeos y, al mismo tiempo, armar una puesta en escena que hiciera mayor el lucimiento ante el público, pues corrían parejas la búsqueda de reconocimiento en el plano social más general y la búsqueda de reconocimiento entre, digamos, sus “pares expertos”.

Ahora bien, vamos a señalar los límites que hemos visto como importantes en la manifestación de la quebradita como expresión festiva y, en este sentido, lo que limitó su impacto en y desde Chiapas. Y decimos “desde Chiapas” porque a los integrantes de los rodeos les habría gustado llegar a hacer un buen papel en exhibiciones que trascendieran el nivel local, pero pronto se toparon con las limitaciones materiales, es decir, con la imposibilidad de contar con espacios y materiales adecuados para ensayar, y con maestros calificados que les



enseñaran los conocimientos técnicos. Los bailarines de Tuxtla pudieron, en este sentido, tener mejores rendimientos a nivel nacional e internacional, pero, por un lado, se trata de bailarines que no surgen de rodeos como los que aquí se han descrito, sino de academias de baile privadas; y, por otro lado, sus ventajas respecto de los *quebradores* de San Cristóbal son insuficientes cuando se comparan con los del centro del país y, en última instancia, con los jóvenes que ensayan la “quebradita” en clubes y gimnasios de Estados Unidos, que es donde radican los ganadores de las competencias recientes más importantes del género, como las últimas ediciones del concurso “Así se baila banda”.

Por lo que respecta a la manifestación de la “quebradita” como expresión festiva en el ámbito geográfico de San Cristóbal de Las Casas, se debe señalar que la admiración por las destrezas técnicas no es suficientemente relevante cuando están en juego otros elementos de valoración social. Los jóvenes que integraban los rodeos padecieron la hostilidad de los entornos vecinales donde ensayaban, pues —como ocurre en el resto del país— ahí también se mira a los jóvenes con desconfianza. Según recogimos de sus testimonios, con frecuencia tuvieron que jurar y perjurar que no eran delincuentes, ni viciosos ni traficantes. Como señaló un *quebrador*, “piensan que porque uno se junta en un rodeo se vuelve uno vago o malandrín, pero no es así, porque venimos a bailar”.

Para los adultos de San Cristóbal, varios jóvenes juntos son siempre demasiados jóvenes, y alegaban que

hacían “mucho escándalo”, que podían ensuciar, que si a veces estaban con sus bebidas alcohólicas o, quizá, con algún tipo de droga. El baile mismo incomodaba, y no tanto porque las chicas pudieran tener un accidente, sino por cómo se estaban “exhibiendo”. En algunos atrios y plazuelas les cortaban la energía eléctrica a las nueve de la noche, lo que era muy frustrante para quienes no podían acercarse antes de las ocho, cuando terminaban de trabajar; en otros lugares les permitían estar una hora más, pero tenían ordenado que “a las diez de la noche hagan favor de desalojar”. Sea que los vecinos ordenen o no que “desalojen”, los jóvenes utilizan este vocabulario, poniendo en evidencia el tipo de relación que los adultos establecen con ellos.

En algunas plazas, los jóvenes consiguieron de los patronatos un “permiso provisional”, cuya caducidad fue comprobada siempre con el paso del tiempo. Algunos vecinos reportan que hubo cierto debate entre ellos, pero al final las prevenciones ante la presencia de “muchos chavos desconocidos” hicieron que los rodeos fueran rechazados.

En general, si los jóvenes no han sido criados en el barrio, son unos intrusos de los que hay que cuidarse, pues parece que llegan como colonizadores a invadir y a despojar a los vecinos de lo que consideran su propiedad particular. El carácter público del espacio supuestamente público de la ciudad ha sido definitivamente trastocado, como por otra parte ha ocurrido tantas veces en distintas latitudes con la música de otros jóvenes.

Ahora bien, a pesar de lo que aquí se señala, el estilo *vaquero* de estos jóvenes y las músicas que bailan no están tan estigmatizados como otros estilos de vestir y otros bailes. Un consejero político involucrado en actividades para el sector juvenil reconocía la “satanización” de algunas tribus urbanas —y de los jóvenes en general—, pues “en San Cristóbal, desafortunadamente, si ves a un chavo con su patineta y un pelo rasta ya es malandro; si ves a un chavo con mochilita a las dos de la noche, ya es malandro”.

Pero aunque no fueran *malandros* los bailadores de “quebradita”, acabaron siendo desplazados, y ello

mediante dos mecanismos sumamente ilustrativos: el primero de esos mecanismos de expulsión pudo haber sido coyuntural, pero de ahí rescatamos un ejemplo con gran carga simbólica. Ocurre que a mediados de 2009 se emprendió la remodelación de varias plazas públicas, con lo cual los muchachos perdieron por meses sus espacios de ensayo. Uno de esos espacios era el quiosco de la Plaza del Cerrillo, que una vez que estuvo lista fue rebautizada con el nombre de Plaza de la Marimba. Esta denominación desaloja también simbólicamente a los aficionados a la “quebradita”, pues ya no parece la plaza más adecuada para escuchar y bailar cumbias norteñas, música de banda y esas mezclas alteradas en su *tempo* que se han dado en llamar así: “música de quebradita”. Hoy en ese espacio toca una marimba orquesta dos veces a la semana, y alguna gente acude a bailar. A veces acude bastante gente, pero una gente muy distinta a la que conformaba el “Rodeo Texcoco”, el grupo que ensayaba ahí.

El otro mecanismo de desplazamiento tuvo que ver con un acuerdo al que llegaron las juntas de festejos de los barrios más tradicionales de San Cristóbal, para evitar que asistieran a sus fiestas tantos jóvenes —indígenas y no indígenas— habitantes de las colonias periféricas. ¿Cómo le hicieron? Acordaron, con el argumento de recuperar “lo tradicional”, ya no contratar a bandas, sino encargar las actuaciones estelares a grupos “versátiles”, y sobre todo a marimbas-orquesta.

Con esto evitaron la llegada de tanto joven “marginal”, entusiasmado con la música de las bandas y las tecnobandas que, sin embargo, no dejaban de estar a la moda, ya que muchas de las canciones que interpretan las bandas han pasado al repertorio de la marimba.

En San Cristóbal, ciudad cosmopolita donde pareciera que se ha perdido gran parte del acervo tradicional, fiesta y vida cotidiana aparentemente están opuestas, pero los hechos aquí narrados muestran que no lo están tanto: el tiempo “excepcional” de la fiesta lo es sólo hasta el punto en que el desafío al orden social y simbólico no se vuelve constante y, en ese sentido, permanente. Ha de mantener su carácter de tiempo excepcional.